

guerra, con el pretexto de que podían ofrecer al enemigo nuevos medios de ataque ó defensa; porque lo mismo pueden servir para los usos de la paz como para los de la guerra. La industria humana saca provecho de ellos á su gusto: ella sola fija su aplicacion; y estos materiales inofensivos en sí, solo se hacen hostiles cuando son convertidos en armas, y se les ha dado la facultad de dañar.

Hemos creído conveniente deber reunir y ligar entre sí todos estos últimos acontecimientos marítimos; sea que hayan tenido el carácter de hostilidad entre los beligerantes, sea que hayan conducido á esta confederacion armada que sostuvo con una energía tan varonil los derechos de los neutrales, tales como los habian reconocido por sus tratados la Francia y los Estados-Unidos. Los armamentos de las potencias del Norte protejieron especialmente la navegacion del Báltico: este mar fué cerrado al corso; y el comercio, escoltado por los buques de guerra de la confederacion, fué respetado en el Océano. El gobierno británico estaba entonces demasiado enredado en dificultades para querer multiplicar el número de sus enemigos; teniendo que luchar á la vez con los Estados-Unidos, la Francia, la España y la Holanda, tenia que reunir todas sus fuerzas para sostener la guerra en que estaba empeñada, y se proponia seguir con nuevo vigor sus operaciones militares contra los Americanos.

Las pérdidas y la retirada de las tropas aliadas que habian levantado el sitio de Savannah, proporcionaban á los Ingleses la facilidad de probar en las comarcas vecinas empresas mas considerables. Las fuerzas que tenian en Nueva York constaban de diez y nueve mil hombres despues de la llegada de las tropas que habia traído de Europa el almirante Arbuthnot: Clinton dejó en ella un cuerpo de once mil hombres á las órdenes de Knyphausen, y se embarcó con el resto del ejército. Contrariada la escuadra por las tempestades, solo llegó el 31 de enero de 1780, á la entrada del rio de Savannah, y cuando se

le reunieron todos los barcos de transporte que habia dispersado el temporal, se aproximó á Charleston, desembarcó una parte de las tropas en las islas de Saint-John y de James, y condujo las demás á las orillas del Ashley que baña los muros de esta plaza. Casi todos los caballos habian muerto en la travesía: fué preciso procurarse otros; y como los Americanos habian tepido tiempo de aumentar la guarnicion de Charleston, de componer sus atrincheraamientos y de poner en estado de defensa los puestos inmediatos, el general Clinton creyó deber hacer venir de Nueva York nuevas tropas antes de empezar las operaciones del sitio.

Lincoln, que mandaba la plaza, habia ordenado en primer lugar hostigar al enemigo con algunas compañías de tropas ligeras; su número era demasiado pequeño para sostener la campaña y fué preciso mandar que se replegasen. Los Americanos habian tambien querido defender con algunas fragatas las cercanías del puerto y la embocadura del Cooper, que una barra natural hacia por otra parte menos accesible á las grandes embarcaciones; pero se vieron obligados á abandonar sucesivamente sus respectivas estaciones. Pasaron la barra las embarcaciones inglesas que Arbuthnot habia cuidado de mandar alijerar: atravesaron luego las tropas de tierra el Ashley, y adelantándose al istmo que este rio y el de Cooper forman entre sí antes de reunirse, se encontraron, el 1.º de abril á cuatrocientas toesas de las fortificaciones y abrieron la trinchera.

Al principio del sitio, recibió la guarnicion algunos socorros; se componia de dos mil hombres de tropas disciplinadas y mil hombres de milicia; todos los habitantes en estado de llevar las armas participaron de las fatigas y peligros de la defensa.

El 9 de abril se concluyó la primera paralela de los sitiadores; ocupaba el puerto el almirante Arbuthnot; y Clinton, pudiendo entonces atacar la plaza con sus fuerzas de

mar y tierra, dirigió al general americano la intimacion de rendirse; pero negóse á ello este comandante: habia permanecido dueño de sus comunicaciones con la orilla izquierda del Cooper, y en este hallaba los medios de hacer llegar á la ciudad nuevos acopios, y de proporcionar á la guarnicion la facilidad de retirarse si se hacia imposible una defensa mas larga. Pero resolvió Clinton quitar este recurso al enemigo; encargó al coronel Tarleton la toma del puesto de Monk's Corner, ocupado por los Americanos: este ataque, verificado con ímpetu, tuvo un éxito completo: los Ingleses se fortificaron al norte del Cooper; lord Cornwallis tuvo encargo de protejer estos trabajos; y Charleston perdió las únicas comunicaciones que le quedaban con el continente.

Durante esta expedicion, hacia Clinton proseguir la trinchera y empezar la segunda paralela: habia recibido de Nueva-York un refuerzo de tres mil hombres, y estrechando cada dia mas las operaciones del sitio, abrió la tercera paralela, cuyos trabajos fueron momentaneamente interrumpidos por una salida del coronel Henderson.

Duportail, injeniero francés al servicio de los Estados-Unidos, logró introducirse secretamente en la plaza: reconoció por el estado en que se hallaban las fortificaciones, que era imposible prolongar la defensa y propuso hacer una tentativa para retirarse; pero esta proposicion fué rechazada. Los habitantes, que se habian consagrado á la causa nacional, temian quedar abandonados á la venganza del partido contrario; y la guarnicion, sin poder salvar la plaza, perdió la ocasion de libertarse y reservarse para otra empresa.

Luego se apoderaron los Ingleses de los últimos puntos que tenian que ocupar: tomaron la punta Lampriere, la de Mont-Plaisant y el fuerte Moultrie, situado en la isla de Sullivan. La guarnicion no tenia comunicacion alguna con las afueras; los enemigos solo distaban de las trincheras diez toesas; los cañones de las murallas estaban desmonta-

dos, los parapetos demolidos, y no quedaba abrigo alguno contra el fuego de los sitiadores: no podia además esperarse socorro alguno; y habiendo Lincoln apurado todos los medios de defensa que podian sujetarle su valor, su habilidad y el desec de sostener dignamente el honor de las armas americanas, se vió precisado por las súplicas de los habitantes y por la desgracia de su posicion que incesantemente se empeoraba, á consentir en una capitulacion, despues de cuarenta y dos dias de sitio: esta se firmó el 12 de mayo: la guarnicion y los marineros quedaron prisioneros, y las milicias recibieron autorizacion para retirarse, bajo promesa de que no volverian á tomar las armas durante la guerra. No obstante de haber hecho honor al general Lincoln la defensa de Charleston, se suscitaron muchas quejas contra él; no se hacia cargo de las dificultades de su situacion, y se le imputó una pérdida que no habia ocasionado. Los hombres hábiles y de esperiencia no participan de esta prevencion, y la estimacion de Washington consoló á Lincoln de esta injusticia.

Despues de haber dejado al general Leslie por comandante de la plaza, se apresuró Clinton á penetrar con sus tropas en el interior del pais que queria someter. Iban sus soldados en tres columnas: la primera ganó las fronteras de la Carolina del Norte; la segunda, mandada por el mismo Clinton, penetró en la Carolina del Sur, y la tercera subió el curso del Savannah. La primera expedicion fué la mas sangrienta: el coronel Tarleton no dió cuartel á un destacamento de trescientos Americanos que encontró cerca de Waxhaws, y cargó á la cabeza de su caballería. La destruccion de este cuerpo, en que casi todos los hombres fueron muertos ó heridos, esparció el terror en los estados del Sur, donde se hallaban entonces dispersas todas las levas militares. Clinton no encontró ya resistencia, y creyendo que podia contar con la sumision de los habitantes que la fuerza habia reducido al silencio,

regresó á Charleston y se embarcó para Nueva York.

Las tropas inglesas que habian quedado en esta plaza, habian hecho, durante la ausencia del jeneral en jefe, algunas incursiones en el Nuevo Jersey; y prosiguiendo Clinton esta empresa, trató de desalojar á los Americanos de las alturas atrincheradas que ocupaban en Morris-Town; pero le salió mal el plan, y el único resultado de sus expediciones fué la ruina de los campos que recorrían las tropas y el odio y espíritu de venganza que produjeron sus devastaciones.

Clinton habia dejado en la Carolina del Sur un cuerpo de cuatro mil hombres, y su comandante Cornwallis estaba revestido á la vez de la autoridad militar y civil: dirigió todos sus esfuerzos á restablecer el gobierno real, á procurarle partidarios, y á alistar los prisioneros de guerra americanos que consintiesen en servir bajo sus banderas; pero pocos hombres abrazaron voluntariamente este último partido: y entre los que se queria obligar á prestar juramento á la causa real hubo muchos que prefirieron espatriarse, y pasaron á la Carolina del Norte, donde procuraba el congreso reunir nuevas fuerzas.

Las mujeres de la Carolina ofrecieron, en circunstancias tan penosas, ejemplos raros de patriotismo y entusiasmo. Poseidas de un amor santo á la libertad pública, querian asociarse á sus persecuciones y á su gloria: consolaban en la cárcel ó en el destierro á sus esposos y á sus hermanos que se habian espuesto al rigor del enemigo; rehusaban ver á los vencedores, asistir con un corazón lastimado á las fiestas que celebraban, y adornarse en estos dias de luto público, marcados por tantas calamidades. La miseria á que se redujo á sus familias no abatía su valor: al contrario lo exaltaba mas, y hacia inalterable la fe que habian jurado á la patria.

Pruebas mas tristes estaban aun reservadas á su pais, que gozaba hacia dos meses de una especie de armisticio: la guerra iba á encender-

se de nuevo, y las tropas levantadas por el congreso debían probar de volver á tomar Charleston, Savannah y todas las posesiones del enemigo. El jeneral Gates fué encargado del mando de este ejército. A su nombre iba unida una especie de prestigio: le rodeaban los gloriosos recuerdos de Saratoga, y las tropas que conducía se creían seguras de vencer.

Después de largas marchas á los paises superiores de la Carolina, que riegan las aguas del Black-River, del Pedee, y del Catawba, se hallaba finalmente reunido el ejército, el 13 de agosto, entre Camden y Clermont. Habian llegado para juntarse los cuerpos del baron de Kalb, de los coroneles Sumter, Woodfort y Armand. Ocupaban las tropas una posicion entre dos pantanos que cubrian sus flancos, pero que no les permitian estenderse; y Cornwallis, proponiéndose empeñar una accion, habia llegado en persona á Camden y se encontraba en presencia de los Americanos; tenia muchas menos tropas, pero se aprovechó de una situacion en que el jeneral Gates no podia desplegar las suyas. El enemigo, después de haber experimentado una viva resistencia en la línea americana, que solo contaba un pequeño número de tropas regulares, la forzó, perdió esta novecientos hombres y muchos mas fueron heridos ó hechos prisioneros. Ya en esta ocasion no tuvo la Carolina esperanzas de ser socorrida; y vuelto Cornwallis á Charleston, tomó las mas rigurosas medidas para tener el pais sujeto.

La mañana siguiente á esta batalla, derrotó Carleton, cerca de las orillas del Catawba, á un cuerpo de tropas americanas, mandado por Sumter. En este combate mató á ciento cincuenta hombres, é hizo trescientos prisioneros. Muchos de estos habian prestado juramento de fidelidad al rey; otros habian tomado las armas por segunda vez, después de haber prometido no hacerlo mas; el vencedor los mandó colgar como perjuros, y esta severidad acarreó crueles represalias. Frecuen-

temente se presentaba la ocasion de ejercerlas porque las guerras civiles interpolan á los enemigos y multiplican las facilidades que tienen para atacarse é incomodarse. Una gran parte de los habitantes del territorio invadido no habian obedecido muchas veces sino á la fuerza, pareciendo cambiar de partido; procuraban desentenderse de un juramento prestado por el temor; y esta especie de poblacion flotante, que habia fingido someterse al vencedor, deseaba secretamente el triunfo de la patria y se alistaba en su bandera cuando recobraba la esperanza de verlas ondear victoriosas.

Las desgracias de muchas provincias que habian sido sucesivamente teatro de la guerra, dieron un nuevo vuelo al patriotismo. Querian poner un término á una larga continuacion de calamidades, que devoraban los recursos públicos, quitaban al estado numerosos defensores y tenian por tanto tiempo en peligro la causa por la cual habian tomado las armas; pero las dificultades parecían aumentarse; no bastaban las levas de hombres, y para sostener la guerra, era preciso remediar tambien los embarazos del tesoro público y la desorganizacion de muchos servicios.

El apuro de la hacienda y la dificultad de proveer á las necesidades, continuamente en aumento, de un ejército sometido á tantas penosas pruebas, dimanaban sobre todo del descrédito en que habia caído el papel moneda y de la insuficiencia de los esfuerzos que habian intentado para hacer volver á aparecer en circulacion el numerario. Finalmente recurrieron al establecimiento de un banco público en Filadelfia. Algunos suscritores proporcionaron los primeros fondos; estuvo autorizado el banco para contratar empréstitos sobre su crédito; el congreso le mandó entregar el producto de las contribuciones; y todos los fondos de que podia disponer fueron destinados al mantenimiento del ejército y al pago de los contratos que se hicieren para sus provisiones, sus municiones y todos sus avios; todo

otro gasto debia depender de estos; la guerra era el primer azote de que tuvieron que librarse los Estados- Unidos.

Al mismo tiempo se dedicaban á aumentar los alistamientos militares, ya con el aliciente de las recompensas, ya con el de la gloria y del honor, tan propio para lisonjear á las almas nobles. Pero no era jeneral este entusiasmo: las fatigas de la guerra consumian á los hombres débiles y les hacían desear adquirir la paz á cualquier precio.

Aprovechándose los Ingleses del momento en que la superioridad de sus fuerzas estrechaba al partido contrario y parecia dar al vencedor mas ascendiente sobre la opinion de la multitud, esperaban reducir á las diferentes porciones de la confederacion americana una por otra; y para lograrlo con mas seguridad, procuraban conservar inteligencias secretas en los paises en que la causa de la independencia habia conservado mayor número de defensores. Sobre todo se dedicaron á causar defecciones en el ejército, á irritar el sentimiento de sus padecimientos, y á reducir con el incentivo de sus promesas la avidez ó la ambicion de los hombres sin virtud.

Arnold, que habia adquirido en medio de los campos una gran nombradía, deshonoraba su gloria militar con un amor insaciable á las riquezas; y muchas veces habia abusado de las ocasiones que la guerra le presentaba, para enriquecerse con exacciones; pero sus bienes mal adquiridos se disipaban en prodigalidades, y recurría á nuevos robos para subvenir á sus gastos desenfrenados. Washington, al mismo tiempo que culpaba sus vicios, apreciaba sus talentos militares, y creyéndole afecto á la patria, no queria privarla de los servicios de un jeneral tan experimentado. Las honrosas heridas que Arnold habia recibido en el sitio de Quebec y en Saratoga le habian obligado momentaneamente á concretarse á funciones sedentarias, por lo que Washington le confió el mando de Filadelfia cuando los Ingleses se hubieron retirado de allí.

Sin duda esperaban que en el mismo centro de la confederacion, y á la vista del congreso, se haria respetar bastante para no dar queja alguna de su conducta; pero solo vió en su empleo un nuevo medio de enriquecerse; y las requisiciones que parecia hacer solo para las necesidades del ejército, le daban la facilidad de acumular provisiones que luego mandaba vender por hombres de su confianza. Su conducta arbitraria y sus ganancias ilícitas indignaron al gobierno de Pensilvania; y el congreso, al cual fueron denunciados sus actos, mandó que un tribunal militar se encargase de conocer de ello; este tribunal debia reunirse en Morris-Town, y Arnold, que se habia despedido de la comandancia de Filadelfia antes de la resolucion del congreso, se dirigió al campamento para comparecer ante sus jueces. Se descartó de una parte de las imputaciones, afirmando, por el honor de un soldado, que la acusacion era falsa, y tal era la confianza de los jueces en las palabras de un guerrero, que dieron fe á su declaracion; pero se probaban otros cargos de tal manera, que el tribunal militar no pudo absolverlo y una sentencia del 20 de enero de 1779 declaró que debia ser reprendido por el comandante en jefe. Aquí recordaremos, como ejemplo de moderacion y dignidad, los términos en que cumplió este penoso deber Washington. «Nuestra profesion, dijo, es la mas casta de todas: la sombra de una falta empaña el brillo de nuestras acciones mas heróicas; el mas insignificante descuido puede hacernos perder este favor público, tan difícil de conseguir. Os reprendo por haber olvidado que cuanto mas temible sois á nuestros enemigos, tanta mas moderacion debierais tener con nuestros conciudadanos. Mostrad otra vez las hermosas cualidades que os han colocado entre nuestros jenerales mas ilustres: en cuanto pueda, yo mismo presentaré ocasiones de recobrar la estimacion de que habeis gozado.»

Arnold se retiró sin contestar; su corazon estaba llagado; se veia de-

gradado en la opinion, y resolvió renunciar á un pais donde ya no podia satisfacer su ambicion y codicia. En el primer instante se queria refugiar entre los salvajes; pero la celebridad que algun dia pudiera adquirir como jefe guerrero no hubiera bastado para esta alma ardiente y vengativa: concibió el culpable proyecto de hacer traicion á la nacion, cuya causa habia defendido tan valerosamente, y prostituirse á servir al enemigo.

Sin dar á conocer sus odiosas intenciones, Arnold en varias instancias manifestó su descontento con el sistema político del congreso, con la alianza concluida con la Francia, y con su denegacion de acceder á las proposiciones de paz de la Inglaterra. Los partidarios de esta potencia le buscaban, le escitaban á salir de la oscuridad, y le instaron con eficacia á abrazar una carrera mas digna de su habilidad y valor, dictando a los Americanos los términos de su reconciliacion con su antigua patria. Cediendo luego Arnold á estas insinuaciones, buscó un mediador para manifestar al jeneral en jefe de las fuerzas británicas el deseo que tenia de dedicarse á la causa real y de acordar con él los medios de servirla. Esta proposicion fué acogida por el jeneral Clinton, y Arnold trató de utilizar mas su defeccion esforzándose á recobrar un mando en el ejército de los Estados-Unidos. Sus pasos para granjearse el favor de los Americanos mas influyentes tanto del congreso como del ejército, le ocuparon durante varios meses; y cuando supo que la Francia iba á enviar á los Estados-Unidos un ejército auxiliar, á las órdenes del conde de Rochambeau, y que se aguardaban por momentos estas tropas, juzgó que si conseguia el mando de West-Point, podria entregar á los enemigos la posicion militar que mas les importaba tomar.

Hemos ya hecho observar que West-Point, situado á sesenta millas inglesas al norte de Nueva-York, cubria las orillas occidentales del Hudson. Terminando esta meseta

bruscamente del lado del rio en un largo escarpamiento de rocas, estaba defendida por una línea de trincheras y numerosas baterias: se habia construido allí el nuevo fuerte *Clinton*, que era uno de sus principales trabajos, y dominaba este terraplen una cadena de montañas mas altas, sobre las cuales se habia erijido el fuerte *Putnam*. Unos ingenieros franceses, recientemente empleados por Washington, habian enlazado entre sí todas las partes de este sistema de defensa. El objeto habia sido no solo fortificar la orilla del rio, sino impedir su navegacion en caso de necesidad: una cadena de hierro atada á los peñascos de West-Point, debia pasar de una orilla á otra hasta el baluarte levantado en la isla de la *Constitucion*: este brazo del rio es el único que pueden recorrer los barcos grandes, y el otro lado de la isla no les ofrecia suficiente fondo (véase la lám. 65).

La posicion de West-Point era la mas fuerte que podia dominar el curso del Hudson, y era necesario ocuparla con un cuerpo numeroso á fin de asegurar la libre comunicacion entre las dos orillas. Washington habia establecido allí su cuartel jeneral hacia varios meses, y aun puede verse su habitacion en un valle que domina la meseta del promontorio, y conduce á las alturas por un camino practicable en su pendiente. Los fondeaderos abiertos á la entrada de este valle sirven de embarcaderos á West-Point, que de este modo recibe por el rio sus municiones y bastimentos.

Washington para asegurar aun mas la defensa de una posicion fortificada por la naturaleza y el arte, vijilaba con un celo incansable sobre la guardia de todos los puntos, el sosten de la disciplina y la exactitud del servicio. La esplanada de su ejército era un campo de manobras diarias; los nuevos reclutas hacian el ejercicio y los veteranos les servian de modelos, el jeneral tenia á su alrededor una coleccion de hombres fieles, y entre los que poseian toda su confianza, se hallaba Kosciusko, uno de esos ilustres res-

tos de la emigracion polaca, que despues de haber visto sucumbir su patria, habia ido á aguardar en el nuevo mundo la ocasion de servirla aun. Kosciusko, haciendo de edecan de Washington, tenia constantemente delante el modelo de una gran virtud: admiraba y ardia por imitar todo lo que puede hacer por su patria una alma jenerosa; y en los intervalos de ocio que le dejaban sus deberes militares, muchas veces se retiraba solo á pensar en la patria ausente. Su retiro favorito era una plataforma estrecha y rústica, cortada por la naturaleza en el flanco del promontorio; este sitio, que ha conservado el nombre de *jardin de Kosciusko*, estaba situado entre una roca escarpada que amenazaba caer y un precipicio á cuyo fondo desplegaba su corriente el Hudson. Cultivaba allí el jóven héroe algunos arbustos, lilas y laureles; y esta especie de santuario debia conservar su celebridad á través de los años (véase la lám. 66). Kosciusko en West-Point meditaba el medio de libertar á su patria sirviendo con fidelidad una causa parecida: Arnold iba á esponerse allí á las maldiciones de la posteridad.

Cuando Arnold hizo manifestar á Washington sus deseos de salir de una inaccion, y de volver á servir á su lado y á sus inmediatas órdenes, el jeneral en jefe tuvo al principio alguna dificultad en emplear otra vez á un hombre que tanto se habia desacreditado; sin embargo las instancias de algunos ciudadanos respetables, que creian poder responder de él, le decidieron á prometerle un mando en una expedicion que entónces se proponia dirijir contra Nueva York. Arnold pareció agradecido á esta nueva confianza; pero deseó obtener el mando de West-Point hasta que la curacion de sus heridas le pusiera en estado de sostener todas las fatigas de una campaña; y Washington, demasiado virtuoso para sospechar siquiera unas intenciones tan viles que aun no se podian preveer, accedió á esta peticion. Arnold pasó al campo da West-Point, y entónces mantuvo

relaciones mas regulares con el enemigo á fin de madurar la ejecucion de su proyecto.

El mediador de estas secretas comunicaciones era un jóven oficial inglés, John André, edecan del jeneral Clinton: durante la permanencia del ejército inglés en Filadelfia, habia tenido relaciones de sociedad y amistad con la familia de mistriss Arnold, que se habia pronunciado á favor de la causa real, y gozaba de la confianza de los dos hombres que querian reconciliarse. Estableció bajo el nombre de Anderson una correspondencia con Arnold, que tenia el nombre de Gustavo: sus cartas parecían solo aplicarse á los negocios comerciales, pero ellos se habian dado la llave de aquel lenguaje ategórico, y cubrian sus misteriosastramas con este velo.

En la época en que se activaron mas sus relaciones, acababan de llegar al Rhode-Island seis mil Franceses, á las órdenes de Rochambeau; habian desembarcado en New-Port: los americanos les habian encargado la custodia de todos los atrincheramientos levantados en la costa, y estas tropas esperaban ser luego atacadas por Clinton, que tenia entonces en Nueva York la mayor parte de sus fuerzas, y estaba á punto de embarcarse para el Rhode-Island con un cuerpo de ocho á diez mil hombres; pero apenas habia comenzado Clinton su movimiento, cuando regresó un mensajero le anunció que Washington iba á aprovechar el momento en que era menos numerosa la guarnicion de Nueva York para probar un ataque y ver si podria recobrar aquella plaza: Clinton no quiso esponerse á perderla, yendo á probar á lo lejos una expedicion de probabilidades inciertas. Detenido por aquella contrariedad imprevista, redobló sus instancias para apresurar la ejecucion del complot: el negocio de la traicion de Arnold estaba concluido; le prometian treinta mil libras esterlinas y la conservacion de su grado en el ejército inglés: á este precio, habia consentido Arnold renunciar á su gloria.

La presencia y la vijilancia de Was-

hington le habian opuesto un obstáculo insuperable; pero iba á aprovecharse del momento en que debia este jeneral pasar á Hartford, en el Connecticut, á fin de conferenciar allí con Rochambeau sobre las operaciones de la campaña. Su marcha parecia fijada para el 17 de setiembre, y durante su ausencia, quiso Arnold tener una entrevista con el mayor André, para remitirle los planes de las fortificaciones de West-Point, y para acordar con él la marcha que las tropas inglesas deberian seguir para apoderarse de él. Habiendo recibido John André esta invitacion, salio de Nueva York, el 19, á bordo del sloop inglés el *Vautour*; subió el curso del Hudson, y se detuvo la mañana siguiente enfrente del fuerte Montgomery, á cinco millas mas abajo de West-Point. Enarbolaba este buque el pabellon parlamentario, y por medio de esta señal se podia penetrar en las líneas americanas. Los usos de la guerra autorizaban este género de comunicaciones, y á él habian recurrido muy á menudo los jefes enemigos, para arreglar entre sí diferentes intereses que las mismas leyes de la guerra respetan y que ellas autorizan á conciliar, tales como carteles de canje, socorros reclamados por la humanidad, salvoconductos para la administracion de asuntos privados; pero hacer servir para conspiraciones una señal de neutralidad, era dar á estas maquinaciones un carácter aun mas odioso.

Partia Washington aquel mismo dia para dirigirse á la conferencia de Hartford; esperábase Arnold en la playa; lo conduce en su canoa á la otra orilla del rio y cuando está bien seguro de su alejamiento envia un pasaporte al mayor André, bajo el nombre de Anderson y le señala una entrevista para la noche del 21, en la casa de Josué Smith; allí le entrega los planes de las fortificaciones y una memoria sobre su ataque y defensa. Conviene en que las tropas inglesas, cuyo embarque se habia ya principiado en Nueva York, subieran inmediatamente el Hudson, para llegar al pié de West-Point. Arnold debia mandar salir de los atrin-

Despues de la conferencia, volvió John André á la ribera, y por medio de una canoa quiso alcanzar el sloop el *Vautour*, que debia volverle á Nueva York: pero este buque, cuya estacion inspiraba alguna desconfianza, se habia visto precisado alejarse mas. André no habia podido lograr de Arnold que diese al patron de la canoa la orden de conducirlo, se vió obligado á hacer su viaje por tierra, y se quitó su uniforme, para pasar con mas seguridad y sin causar recelos, á la otra parte de las líneas americanas, y hasta los puestos avanzados de los Ingleses. Acompañábale Josué Smith; ambos atravesaron el Hudson en King's Ferry y continuaron su ruta á caballo hasta las orillas del Croton; allí abandonó Smith á John André quien recorrió aun ocho millas, antes de llegar cerca de la poblacion de Tarry Town, último puesto de los Americanos. Hallábase en las cercanías una patrulla de tres milicianos y vijilaban los movimientos del enemigo; uno de ellos sale de un bosque y coje la brida de su caballo; al momento llegan los otros dos; le detienen, se admiran de la confusion de sus respuestas; y le registran de piés á cabeza para ver si llevaba correspondencia alguna culpable. En sus botas le encuentran los planes y papeles que le habia entregado Arnold; los milicianos, á quienes no pudo seducir con recompensa ni promesa alguna, lo conducen al capitan Jameson, que mandaba la línea de los puestos avanzados (véase la lámina 67).

Hallábase Jameson bajo las órdenes de Arnold, y nos sospechando que este jeneral pudiese ser culpable de una traicion, le informó de la presa que acababa de hacer. El 25 por la mañana llegó esta noticia á West Point; allí se esperaba á Washington el mismo dia: dos oficiales americanos que le precedian anunciaron su próxima llegada; y Arnold, no debiendo ya vacilar sobre el partido que debia tomar, se embarcó precipitadamente, bajo pretexto de ir á recibir á su jeneral á la otra parte del rio; le mandó conducir á todo

remo al sloop inglés que aun estaba fondeado en el mediodia de Verplank y que salió al momento para Nueva York.

La noticia de la traicion de Arnold penetró de dolor á Washington. Un oficial que habia derramado su sangre por su pais le habia parecido digno de confianza, y se acusó á sí mismo por haberse dejado engañar con sus declaraciones de celo. Ya no habia que temer la conspiracion descubierta; las tropas que Arnold habia retirado de los atrincheramientos fueron inmediatamente llamadas otra vez á ellos; y se reconoció que ningun oficial americano tenia parte en aquella trama.

En West Point habia quedado Mistris Arnold con sus hijos; Washington respetó la desgracia de su posicion; y hasta tuvo la atencion de hacerla saber que Arnold no habia sido alcanzado en su huida; tambien se le autorizó para irse á Filadelfia á despedirse de su familia; y el juez encargado de la instruccion de este negocio se negó, por delicadeza, á hacerle sufrir un interrogatorio, aunque hubiese sido enterada del fatal secreto; no queria esponerla, ni á herir la verdad, ni á faltar al respeto y afecto para con su esposo.

John André pudo prever la suerte que le estaba reservada; no se mostró débil en nada; escribió á Washington sin quejarse de su destino y sin tratar de evitar la muerte, y solo para que su suplicio no tuviera nada de infamatorio. Clinton mismo escribió al jeneral americano para salvar un oficial que le interesaba tanto; pero sus pasos fueron infructuosos. Las leyes de la guerra eran rigurosas y positivas: el congreso, consultado por Washington, no creyó prudente suspender su curso, y John André fué llevado ante un consejo de guerra, presidido por el jeneral Greene, compuesto de otros ocho oficiales jenerales: confesó ante sus jueces todos los hechos que le habian imputado, y declaró que se resignaba á su suerte. El disfraz en que habia sido detenido le hacia considerar como espía; y condenado el culpable á muerte, tenia que sufrir una pena

ignominiosa. Habiéndose retardado esta algunos días, Clinton dió nuevos pasos para salvarle; y el jeneral Robertson, á quien envió al campamento americano, ofreció entregar en cambio los prisioneros de guerra que designase Washington y pidió que á lo menos permitiese al acusado apelar al congreso. Cuando vió que la sentencia era irrevocable y sin apelacion, entregó al jeneral Greene, que habia sido encargado de recibirle, una carta que dirigia Arnold á Washington, amenazándole con que vengaria la muerte de John Andre con terribles represalias en los hombres que cayesen en su poder. Greene la leyó, la arrojó á los piés de Robertson y se retiró.

André, en sus últimos momentos, escribió al jeneral Clinton recomendándole su madre y hermanas que habia dejado en Inglaterra. Al anunciarle la hora del suplicio, no manifestó agitacion alguna, y viendo desahacerse en lágrimas al hombre que le servia, le dijo: «Retiraos y no os volvais á presentar sin el valor de un hombre.» Marchó con paso firme al punto de la ejecucion, entre dos subalternos con armas al brazo: concurrió muchísima jente: las tropas cubrian la carrera; se hallaban presentes todos los oficiales, excepto Washington y su estado mayor.

Llegado el culpable al pié del patíbulo, no pudo menos de estremecerse á su vista: sube á la carreta que debia servir de tablado, se cubre él mismo los ojos con su pañuelo y coloca en su cuello el nudo fatal: dase la señal, y retirándose la carreta, le deja colgado. Verificóse su suplicio el día 2 de octubre de 1780, en la aldea de Tappan, donde habia sido llevado prisionero. Los tres milicianos que le habian cojido eran John Paulding, David Williams é Isaac Vauvert: el congreso alabó su virtud haciéndoles entregar por Washington, en presencia de todo el ejército, unas medallas, en que, á continuacion de sus nombres, habia estas palabras sagradas: «*vincit amor patriæ*».

Digna era esta divisa de hombres de patriotismo inalterable; lo era tambien de un pueblo pronto á em-

prender cualquiera cosa para salir independientes y vencedores de la lucha. Continuaban á la sazón las hostilidades en la Carolina con suceso variado; un pequeño número de tropas se esparcia en países muy extensos; por ambas partes se hacian incursiones, y mas bien era una guerra de partidarios que una série de operaciones de dos cuerpos de ejército que se observan y arreglan uno con otro sus movimientos.

Las posiciones mas fuertes que ocupaban los Ingleses en el interior de la Carolina eran Augusta, Ninety-Six y Cambden; otras tropas manobraban en las rejiones intermedias: una columna, mandada por Cornwallis, subia las orillas del Catawba, y Carleton se adelantaba tambien con su caballería. Pero era difícil mantener un ejército en un país estéril, en donde la guerra habia ya producido sus funestos efectos; la falta de viveres hacia mas indisciplinadas las tropas; los rigores y crueldades que cometieron escitaron la desesperacion de los habitantes, y pronto se vió bajar una multitud de intrépidos montañeses de sus comarcas salvajes á rechazar esta invasion. Muchos carecian de armas de fuego: habian cojido sus hachas, sus guadañas, sus trillos y todos los instrumentos de hierro cuyos mazos ó filos podian defenderles; se hallaban á su frente oficiales arrojados, y entre los mas valientes se notaban los coroneles Sumter, Williams, Campbell y Marion, que iban siguiendo todos los movimientos del enemigo, le hostigaban en su marcha, interceptaban sus comunicaciones y le hacian perder en frecuentes escaramuzas las ventajas que habia obtenido en batalla campal.

En uno de estos encuentros, las tropas mandadas por el coronel Ferguson fueron destrozadas por mil seiscientos montañeses americanos: las fortificaciones que ocupaban en una altura habian sido tomadas por asalto, y todos los que se libraron de la muerte fueron hechos prisioneros.

Otro encuentro hubo cerca del río del Tigre, donde se hallaba entonces el coronel americano Sumter:

sostuvo sin replegarse los violentos ataques del intrépido Tarleton; pero fué gravemente herido, dispersándose los voluntarios, á quienes ya no podia guiar: Tarleton, que habia debido retirarse en su presencia, pudo luego recorrer libremente aquellas altas rejiones.

Apesar de que estos diferentes combates solo tuviesen una influencia local y parcial, con todo dieron á conocer bastante que los Americanos continuarian oponiendo á sus enemigos una viva resistencia; que los Ingleses no eran dueños del país; que sus tropas podian cometer en ellas devastaciones; pero que del seno de la tierra asolada saldrian aun innumerables defensores.

Cornwallis conocia todas las dificultades de su situacion; pero iba á ponerse en estado de formar una empresa importante: acababa de recibir del jeneral Clinton un refuerzo de tres mil hombres á las órdenes del brigadier Leslie; y estas tropas destacadas de Nueva York hácia mediados de octubre, habian desembarcado en Portsmouth, puerto situado en Virginia, á la entrada de la bahía del Chesapeake. Cornwallis los mandó ir por mar á Charleston: la mitad quedó en esta ciudad y la otra fué á reunirse con su ejército en las orillas del Broad-River y del Catawba.

Las principales operaciones de la campaña de 1781 principiaron en aquellas comarcas. Las tropas ya no estaban á las órdenes de Gates; acababa de tomar el mando el jeneral Greene: llamaba á su lado á todas las nuevas levadas de la Carolina, y en tanto que reunia sus principales fuerzas á las orillas del Pedee, el coronel Morgan y el coronel Washington, sobrino del jeneral en jefe, fueron enviados á las orillas del Broad-River con un cuerpo de infantería y caballería ligera. Morgan tuvo luego de habérselas con un adversario digno de su valor: Tarleton se adelantaba á su encuentro con tropas mas numerosas, sobre todo de caballería. Le alcanzó cerca de Cowpens, en el Pacolet y el Broad-River, y sus tropas estuvieron a la vista el 18 de enero: las de Morgan estaban formadas en dos

líneas, una delante de un bosque y la otra á cubierto de este abrigo. La primera línea, compuesta de las tropas menos aguerridas, fué luego forzada; pero la segunda se defendió con mucho valor: en tanto que se atacaba de frente, uno de los flancos fué envuelto por otra columna enemiga; y Tarleton se creia ya vencedor cuando, cayendo repentinamente sobre él la caballería ligera del coronel Washington, restablecieron el combate. Al mismo tiempo rebacia Morgan los cuerpos que habian flaqueado: reanimaba su valor, los hacia á su vez vencedores y causó á los Ingleses una sangrienta derrota: estos perdieron ochocientos hombres: su mejor caballería fué destruida y los restos del cuerpo vencido tuvieron mucho trabajo para llegar al campamento de Cornwallis.

Este jeneral era fecundo en recursos; resolvió reparar este revés; y subiendo á toda prisa la orilla derecha del Catawba, se proponia caer de improviso sobre las tropas de Morgan; mas este inteligente oficial habia penetrado sus designios, y creyéndose demasiado inferior en número, habia pasado ya al otro lado del río: perseguido en su marcha, llegó á Salisbury, atravesó el Yadkin y llegó el 7 de febrero á Guilford, á donde acababa de pasar el jeneral Greene con su cuerpo de ejército. De este modo se hallaban reunidas las fuerzas americanas; pero como aun así eran inferiores en número á las de Cornwallis, esperaba este jeneral atacarlas con ventaja, y Greene reconoció la necesidad de replegarse inmediatamente sobre la Virginia. Para penetrar en ella habia que pasar el Dan-River: los dos jenerales trataban de llegar primero á las orillas del río, el uno con el objeto de pasarlo, y el otro para estorbárselo; y Greene supo embarazar tan bien la marcha del enemigo con frecuentes escaramuzas, talas de árboles y obstruccion de los caminos, que llegó primero, atravesó el Dan y logró contener al enemigo, formando su ejército á la orilla opuesta.

Cornwallis cambió entonces de plan: no existiendo ya tropas ameri-